

Mesías Andinos
Pestes, apocalipsis y el regreso de Cristo en el
"Perú privilegiado" *

Marco Curatola
Museo de la Nación - OIM

Desde 1991 en el Perú asola una grave epidemia de cólera: miles los muertos, centenares de miles los enfermos. A ser golpeada es sobre todo la población de origen campesino que vive en las áreas urbano-marginales, es decir, en los llamados "asentamientos humanos", las interminables extensiones de chozas sin letrinas, agua potable y desagüe, crecidas como reguero de pólvora en la cintura periférica de Lima y de las otras ciudades del país a raíz del masivo éxodo del campo de los últimos decenios y todavía en curso¹. En estas barriadas, infectadas por los miasmas de los deshechos fecales y de la basura e infestadas por toda clase de parásitos, las condiciones higiénico-sanitarias son muy precarias. Enfermedades como el sarampión, la tos convulsiva, la tuberculosis, la meningitis, la salmonelosis y fiebres tifoideas varias son desde hace tiempo endémicas, cobrando cotidianamente víctimas, fuera de todo control estadístico, entre individuos debilitados por la desnutrición y toda una existencia de inenarrables penurias. En los últimos años como consecuencia de una crisis económica sin precedentes y de la drástica disminución del poder adquisitivo de los salarios, la situación del lumpenproletariado peruano se ha agravado aún más. La gente ha debido

* Texto revisado del artículo "Messia andino. Pesti apocalissi e il ritorno di Cristo en el Perú moderno lacerato da mille contraddizioni", publicado en la revista *Prometeo*, págs. 80-89, Arnoldo Mondadori Editore, Segrate (Milano), 1991. Una versión resumida ("Cristo-paganismo y cultos de crisis en el Perú contemporáneo") fue presentado en el "II Congreso Panamericano de Mitología Andina" (Universidad Inca Garcilaso de la Vega, Lima, octubre de 1992).

Cfr. José Matos Mar, *Las barricadas de Lima*, Instituto de Estudios Peruanos, 1957; Sabine Hargous, *Gli sradicati del Quarto Mondo*, Jaca Book, Milano, 1973, (ed. orig. franc. 1972); Teófilo Altamirano, *Presencia andina en Lima Metropolitana*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1984; Carlos Reyna y Antonio Zapata, *Crónica sobre el cólera en el Perú*, Desco, Lima, 1991.

comprimir ulteriormente sus modestísimos consumos alimenticios, incluido aquel del combustible de cocina (kerosene) de precio ya prohibitivo. Lo que ha traído consigo no sólo menos comida —y menos comida— bajando las ya débiles defensas orgánicas de los individuos, sino fatalmente también un calo sensible en la práctica de hervir el agua para beber, gran parte de la cual proveniente de fuentes y pozos no controlados, transportada en viejos camiones-cisterna oxidados y conservada por largo tiempo en recipientes improvisados. Ninguna condición mejor, por tanto, para el estallido de una epidemia de cólera, el terrible vibrión que, fuera de su natural huésped, el hombre, se halla en grado de vivir en el agua como organismo independiente aún por larguísimos períodos.

Pero, si para los médicos y los hombres de ciencia la difusión del morbo ha sido puesta en directa relación con las condiciones de extrema indigencia y abandono de las masas indígenas migradas a las ciudades, mientras que en las clases altas (por lo demás no afectadas por el contagio) se ha preferido en general considerarlas una simple calamidad natural, para muchos de los habitantes de los pueblos jóvenes la epidemia de cólera ha representado un evento de origen sobrenatural ampliamente previsto y hasta ansiosamente esperado: el cumplirse de una profecía tantas veces repetida por una miríada de predicadores “gringos” (blancos), mestizos e indios, los cuales, Biblia en mano, desde hace años van anunciando el próximo fin del mundo, a través de grandes pestilencias y cataclismos, y el advenimiento del reino milenarista de Cristo en la tierra. Y de otra parte, ¿cómo podría el mensaje al mismo tiempo apocalíptico y salvífico de estos vates no calar en hombres que, en el paso del campo a la ciudad, han perdido todo, la familia, la casa, la tierra, sus tradiciones y sus dioses, en otras palabras su propia identidad, para volverse unos parias, abandonados a sí mismos y condenados sin remisión a una vida mísera, a los límites mismos de la sobrevivencia? En las palabras de los varios predicadores, en cambio, sus vicisitudes y sus privaciones se cargan de valencias positivas y se vuelven la promesa de una próxima liberación, cuando los ricos y los potentes serán finalmente barridos por la cólera de Dios y para los humildes, es decir, ellos, se inaugurará una era de paz y de abundancia en la tierra “donde corre la leche y la miel” (Génesis 15, 1-20; Exodo 3,8).

Es por tanto en el contexto de la agudísima crisis social, cultural, existencial y hasta biológica en que se encuentran millones de andinos inmigrados a las ciudades, y sobre todo a Lima, donde debe

encuadrarse el explosivo proliferar entre ellos de iglesias y sectas evangélicas de orientación marcadamente escatológica y mesiánica. Algunas, como la Iglesia de Dios de la Profecía, las Asambleas de Dios, la Alianza Cristiana y Misionera, los Adventistas del Séptimo Día, los Testigos de Jehová y la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (los Mormones), son de directa filiación extranjera, sobre todo estadounidense, mientras muchísimas otras, como el Movimiento Evangelista Misionero, la Iglesia Misionera Emaús Pentecostal, la Iglesia Misionera Esmirna Pentecostal del Perú, la Iglesia Evangélica Pentecostal Misionera Monte Calvario, la Iglesia Monte Horeb y la Asociación Evangélica de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal, son nuevas congregaciones independientes que se han desarrollado en el Perú, aún si por efecto de mensajes y estímulos de origen externo². Estas iglesias representan para los andinos desarraigados y marginados de las ciudades casi los únicos espropone, por lo menos a nivel formal, relaciones de hermandad y solidaridad afines a aquellas vigentes en las comunidades campesinas de origen. Además, para los elementos más dinámicos y emprendedores, ellas constituyen un canal privilegiado donde poder expresar y ver rápidamente reconocida su disposición al liderazgo. Pero la fuerza de estas iglesias está sobre todo en su capacidad de ofrecer a hombres profundamente confundidos y alienados un nuevo sistema, inmediatamente intelegible y viable, de normas y valores compatible con el patrimonio de conocimientos y experiencias tradicional y, más en general, un horizonte cognitivo al interior del cual su ser y su actuar en el mundo readquieren significado, dignidad y plena centralidad. Para gente analfabeta o semi-analfabeta, desde siempre segregada o de todas maneras mantenida en la más total subalternidad social y cultural, la relación directa con la Biblia —desde hace siglos ostentada por las clases hegemónicas, sus celosas detenedoras y exégetas, como la única verdadera fuente del saber y del poder— así como la posibilidad de tener una relación carismática con lo sobrenatural, portadora de salud y salvación, representan los más formidables instrumentos para superar, y por ende dominar, la realidad y recuperar un rol protagónico en la historia. Todo esto conlleva un fuerte compromiso emotivo, y en efecto los fieles de estos movimientos religiosos viven en una atmósfera de intenso mis-

2 Manuel M. Marzal, *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la Gran Lima. El caso de El Agustino*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1988; *idem*, "La investigación de la religión andina" en *Allpanchis*, n. 34, pág. 11-27, Instituto de Pastoral Andina, Sicuani-Cusco, 1989. Para un análisis de movimientos análogos entre los Aymara de Bolivia véase Juliana Ströbele-Gregor, *Indios de piel blanca. Evangelistas fundamentalistas en Chuquiayawu*, Hisbol, La Paz, 1989.

ticismo, contraseñada por sueños, visiones, curaciones milagrosas y prodigios de todo género.

Emblemático, al respecto, es el caso de Willy Nolasco Cubillas, un joven profeta del barrio popular de San Juan de Miraflores, muerto, con toda probabilidad de cólera, en el mes de abril de 1991. Criado en una familia católica y convertido sucesivamente por influencia de la esposa en ferviente adepto de la secta pentecostal “Siempre Esmirna”, Nolasco había llegado a formar una pequeña comunidad religiosa denominada “Amor a Dios”, de la cual se había autoproclamado “anciano principal”. En su modesta vivienda, transformada en lugar de culto y en hospicio para sus secuaces, predicaba la Santa Biblia y el riguroso respeto de los Diez Mandamientos, atribuyendo particular importancia a la observación del sábado como único día de guardar y a la práctica de la glosolalia. Además aseguraba la curación de todo mal por medio de la fe, condenando el recurso a los médicos y a las medicinas como un acto impío, de desconfianza en la infinita potencia del Señor. Afectado él mismo por una tuberculosis totalmente descuidada, a un cierto punto comunicó a su pequeño grupo de fieles que pronto habría muerto para luego resucitar al tercer día y regresar entre ellos completamente purificado. Recomendó solamente que en aquel lapso de tiempo ellos velaran su cuerpo entre cantos y oraciones, impidiendo a cualquiera de removerlo, pues si no su alma habría sido condenada. Pocas semanas más tarde Willy Nolasco fue víctima de ataques de vómitos incontenibles y fuerte diarrea (los típicos síntomas del cólera), pero, coherente con sus propios principios, no retuvo oportuno recurrir a tratamientos médicos, yendo estoicamente al encuentro de la muerte. Sus secuaces, después de haber asistido atónitos y pasivos a su agonía, esperaron entonces llenos de confianza su resurrección, custodiando religiosamente sus restos mortales por días; hasta que el avanzadísimo estado de descomposición del cadáver no los obligó a tomar conciencia de la definitiva desaparición de su maestro³.

Curiosamente, el fin de este humilde y oscuro profeta peruano contemporáneo presenta ciertas analogías con la conducta tenida frente a la muerte por Atahualpa, el último emperador inca, capturado por los españoles el 16 de noviembre de 1532 y asesinado el 26 de julio de 1533, aún si el rescate pedido para su liberación había sido puntualmente pagado por sus súbditos. Por todo el tiempo de su

3 C. Vivanco, “El diablo en campaña”, en *Sí*, año V, n. 218, Lima, 1991.

detención el Inca mantuvo una conducta fiera y desdeñosa, no mostrando el más mínimo signo de cedimiento o de miedo, aún cuando le anunciaron que había sido condenado a muerte. Pero cuando supo que habría acabado en la hoguera, perdió repentinamente todo recato: lloró, imploró piedad y aceptó toda condición, incluida la conversión al cristianismo, con tal de que la sentencia de muerte fuese ejecutada por garrote y su cuerpo dejado intacto. Estaba convencido, en efecto, como mesiánicamente andó anunciando a sus fieles, que “si no le quemauan el cuerpo, que aunque le matasen auía de uolver a ellos, que el Sol, su padre le rrecuscaría”⁴.

Pero, más que a la figura de Atahualpa, aparece evidente que la actitud de Willy Nolasco frente a la propia muerte es de reconectarse directamente a la de Cristo, el héroe taumaturgo cuyas imágenes en la cruz tanta importancia revisten en la religiosidad popular andina, y el Salvador cuya próxima venida viene cada día invocada y proclamada por miles de voces entre las masas campesinas migradas a las ciudades. ¿Llegó el joven profeta a identificarse con el Mesías? No lo sabremos jamás. Ciertamente es que para la mayor parte de los indígenas miembros de sectas neo-evangélicas la segunda venida de Cristo sobre la tierra es un evento próximo a realizarse, y para algunos hasta ya en acto. Es el caso, este último, de los secuaces de la Orden Cruzada, Católica, Apostólica y Evangélica del Perú y de aquellos de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal, los cuales consideran que los respectivos jefes carismáticos otros no sean que el “Mesías” nuevamente encarnado.

El primero de estos dos movimientos —estudiado por el jesuita Jaime Regan—⁵ se ha desarrollado en los inicios de los años setenta en Iquitos, Pucallpa y otros centros menores de la amazonía peruana, haciendo prosélitos sobre todo entre los indios más aculturados,

4 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú* (1571), ed. G. Lohmann Villena, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1978, pág. 63 (cap. XI). Véase también Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla* (1534), “Biblioteca Peruana”, serie I, vol. I, págs. 191-272, Editores Técnicos Asociados, Lima, 1968, págs. 262-3.

5 Jaime Regan, *Hacia la Tierra sin mal. Estudio sobre la religiosidad del pueblo en la Amazonía*, 2 vols., Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía, Iquitos 1983, vol. II, págs. 129-162; *idem*, “Mesianismo cocama: un movimiento de resistencia en la Amazonía peruana”, en *América Indígena*, vol. XLVIII, n. 1, págs. 127-137, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1988. Véase también Oscar Agüero, “El milenio en la Amazonía peruana: los Hermanos Cruzados de Francisco da Cruz”, en *Amazonía Peruana*, n. 12, págs. 133-45, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, Lima, 1985.

los cuales, expropiados de sus tierras o de todas maneras alejados de sus comunidades de origen, gravitan como peones, vendedores ambulantes, cargadores, obreros y domésticos alrededor de los puertos, de las grandes plantaciones y de los campos petrolíferos. El fundador fue un mestizo originario del estado de Minas Gerais en Brazil, el cual, después de haber milagrosamente sanado de la lepra y luego de una serie de revelaciones divinas, tomó el nombre de José Francisco da Cruz, autoproclamándose Misionero del Sagrado Corazón de Jesús y Apóstol de los Últimos Tiempos. Como tal emprendió una larguísima peregrinación a través de varios estados de Sudamérica predicando la Biblia y plantando donde llegaba una gran cruz de madera. Entre 1969 y 1972 estuvo en el Perú recorriendo los valles de los ríos Huallaga, Ucayali, Marañón y Amazonas. Los nativos corrían numerosos a escuchar a este profeta extranjero de larga barba e infaltable saya franciscana, el cual, dirigiéndose a ellos a través de intérpretes, no se cansaba de anunciar el inminente fin del mundo. Dios —decía— habría muy pronto castigado a la humanidad enviando una serie de apocalípticos cataclismos (diluvio, lluvia de fuego, carestías, guerras), de los cuales se salvarían únicamente los más devotos secuaces del culto de la Cruz. Estos se habrían sustraído a la inminente catástrofe cósmica refugiándose en la “Tierra Santa”, un verdadero edén situado en los más recónditos rincones de la selva. Allí ellos habrían instaurado una sociedad perfecta, basada en la igualdad y en la fraternidad.

Los fieles aseguran que el “hermano” José Francisco efectuaba toda suerte de milagros: multiplicaba los pollos y la harina para saciar a la gente que se reunía alrededor de él, convertía el agua en vino, caminaba sobre el barro sin hundirse, curaba con las oraciones todo tipo de enfermedades, poseía la facultad de la ubicuidad y dominaba los elementos haciendo oscurecer el cielo, soplar el viento y relampaguear a su antojo. Además —siempre según el testimonio de sus directos secuaces— él llevaba sobre el cuerpo los signos de la pasión y por Navidad desaparecía para ir a reunirse con su padre y con su madre. Ninguna duda, por tanto, sobre su identidad: no podía ser otro que Jesucristo resucitado, venido a rescatar a los nativos y a abrirles el camino hacia la “Tierra Santa”.

En repetidas ocasiones, después del regreso del mesías a Brazil, sobre todo durante períodos de sequía, inundaciones, carestía, interpretadas siempre como los pródromos del anunciado y esperado fin del mundo, varios grupos de indios secuaces de la Orden Cruzada han emprendido largas peregrinaciones fluviales para alcanzar la “Tierra Santa”, imaginada como un lugar fertilísimo y sin zancu-

dos donde ellos habrían conducido una existencia plena y feliz dedicados a la agricultura y a la adoración de Dios. Renovando la tradición de las épicas migraciones de las tribus Tupí-Guaraní hacia la mítica “Tierra sin Mal”, bajo la guía de sus jefes religiosos o de simples “hermanos” inspirados por la divinidad ellos han abandonado sus casas y toda actividad y han partido sobre grandes piraguas a la búsqueda del paraíso terrenal prometido. En noviembre de 1977, por ejemplo, el primer “patriarca” de la iglesia, que se hacía llamar Juan Evangelista del Espíritu Santo, organizó una expedición fluvial que partiendo de Iquitos remontó el curso del Ucayali hasta el río Pisqui, con el firme propósito de alcanzar la “Palestina”, “tierra de Israel”, y allí fundar la Nueva Jerusalén. A la partida se hallaban con él solo treintatres discípulos (intencionalmente cuantos los años de Cristo), más algunas mujeres en calidad de cocineras y una niña que tenía visiones proféticas y citaba de continuo, por ciencia infusa, versículos bíblicos. Pero, no apenas a lo largo del río se esparció la voz de que se acercaba el fin del mundo y que la comitiva se dirigía hacia un refugio paradisíaco, numerosísimos nativos, sobre todo Cocama (un grupo tupí-guaraní), se agregaron de prisa con sus familias a la expedición: y fue el desastre. Acabada rápidamente toda reserva alimenticia, estos desproveídos milenaristas se encontraron sin medios de subsistencia en una zona áspera y hostil, bien diferente del fabuloso reino de la abundancia, “donde corre un río de leche y miel y las plantas crecen y maduran en pocos días”, tan decantado por los líderes del movimiento. Así, extenuados por el hambre y por las enfermedades, desalentados y llenos de recíproco hastío y recelo, algunos decidieron finalmente regresar mientras otros se dispersaron en la región mendigando alimento y trabajo.

No obstante las repetidas desilusiones y las frecuentes defeciones, el movimiento de la Orden Cruzada continúa a atraer prosélitos y en muchos lugares ha dado vida a pequeñas comunidades colectivistas —en realidad algunas veces de efímera duración— dedicadas enteramente a la agricultura y a actividades místico-religiosas centradas en el culto idolátrico de la cruz. A ésta, reproducida siempre rigurosamente desnuda, sin la imagen de Jesús “que ha resucitado”, le son atribuidas no sólo poderes terapéuticos, oníricos y apotropáicos, sino precisas y “concretas” valencias salvíficas. Para muchos en efecto ella representa hasta una alternativa al viaje milenarista hacia la Tierra Santa, prefigurándose como un verdadero árbol cósmico a través del cual en el momento oportuno será posible salvarse de la destrucción del mundo y alcanzar el paraíso.

La Orden Cruzada se configura por tanto como un movimiento religioso en el cual elementos primarios de la tradición judeo-cristiana son seleccionados y asumidos ya sea en cuanto homólogos a otros tantos rasgos del sistema de creencias y representaciones colectivas tradicionales, por lo demás ya irremediabilmente condenado por las cambiadas condiciones materiales de la existencia, o porque plenamente correspondientes a las apremiantes exigencias de redención, o por lo menos de una perspectiva de salvación, de gentes al borde del total anonadamiento cultural, psíquico y biológico. El viejo chamán cede entonces el paso al sacerdote y al profeta de tipo bíblico, el árbol cósmico de comunicación con el más allá viene sustituido por la cruz, la tradición oral local es suplantada por la lectura de las Sagradas Escrituras, la antigua "Tierra sin Mal" se esfuma en la "Tierra Santa de Palestina", la destrucción cíclica del mundo se convierte en el apocalipsis cristiano y el héroe civilizador destinado un día a regresar asume la connotación de Cristo redentor, en un proceso de siempre más estrecha identificación de parte de los indios con la historia, las tribulaciones y las expectativas de libertad y de salvación del antiguo pueblo de Israel.

Esta identificación llega a las extremas consecuencias en aquel que probablemente es el más importante y original de los movimientos religiosos andinos contemporáneos, es decir, la Asociación Evangélica de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal⁶, cuya sede está en Cieneguilla, en el valle de Lurín, a unos veinte kilómetros arriba de Pachacamac. En la sola Lima y alrededores existen actualmente más de cincuenta comunidades israelitas y otras doscien-

6 Sobre el movimiento de los Israelitas véase: Enrique Espinoza-Benavides Joyo, "La secta Israel del Nuevo Pacto Universal: un movimiento mesiánico peruano", en *Revista Teológica Limense*, vol. XVIII, n. 1, págs. 47-81, Facultad de Teología Pontificia y Civil, Lima, 1984; Manuel Jesús Granados Apontes, *El movimiento religioso de los Israelitas del Nuevo Pacto Universal*, tesis de maestría en Antropología, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1986; Harald O. Skar, "Quest for a New Covenant. The Israelita movement in Peru", en H. O. Skar e F. Salomon (eds.), *Natives and neighbors in South America. Anthropological essays*, *Etnologiska Studier* 38, págs. 233-266, Göteborg Etnografiska Museum, Göteborg, 1987; Manuel M. Marzal, *op. cit.*, 1988, págs. 342-373; Kenneth David Scott Eunson, *Privileged Peru: the Israelites of the Universal Covenant*, tesis de Ph. D., University of Aberdeen, 1988; *idem*, *Los Israelitas del Nuevo Pacto Universal. Una historia*, Ediciones PuseL, Lima, 1990; *idem*, *Los Israelitas del Nuevo Pacto Universal. Símbolos y tradiciones*, Ediciones PuseL, Lima, 1990; *idem*, "Reflexiones sobre la Asociación Evangélica de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal", en *Revista Teológica Limense*, vol. XXIII, n. 3, págs. 265-276, Lima, 1989; Juan M. Ossio A., "La misión Israelita del Nuevo Pacto Universal y su composición social", en M. Valcárcel C. (ed.), *Pobreza urbana. Interrelaciones económicas y marginalidad religiosa*, págs. 111-167, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1990; Marco Curatola, "Etnografía di un olocausto. Il sacrificio animale fra gli Israeliti del Nuovo Patto Universale", en E. Cerulli (ed.), *Tra uomo e animale*, págs. 53-74, Dedalo, Bari, 1991.

tos cincuenta aproximadamente —por lo menos según los datos oficiales brindados por la misma asociación— están esparcidas por todo el territorio nacional y hasta en el altiplano boliviano.

Los adeptos, en su gran mayoría campesinos andinos inmigrados de la sierra a las ciudades de la costa, se consideran para todos los efectos el pueblo de Israel resurgido en los últimos días de la humanidad. A imitación de los antiguos hebreos, ellos celebran el sábado, los días de novilunio y las fiestas de la Pascua, de las Semanas (Pentecostés) y de las Cabañas, practicando toda una serie de rituales de inspiración bíblica (sobre todo del Antiguo Testamento) aún si ampliamente readaptados y reinterpretados, como la unción, la circuncisión, el bautismo, la presentación de los recién nacidos al templo, la ofrenda de las primicias, la expiación y, primero entre todos por relevancia y frecuencia, el holocausto. El sacrificio de animales es, en efecto, considerado el acto ritual por excelencia que renueva constantemente el Nuevo Pacto de Alianza entre Dios y su pueblo y que distingue la única verdadera religión del resto de los “falsos” cultos cristianos. Los israelitas siguen, además, por lo menos formalmente, las prescripciones y las prohibiciones alimenticias y sexuales contenidas en el Levítico, absteniéndose entre otras cosas de consumir bebidas alcohólicas, tabaco y todo tipo de droga. Todos, además, deben cumplir el “nazirato”, o sea no cortarse jamás los cabellos ni los pelos de la barba, considerados como unas especies de antenas a través de las cuales Dios se pondría en contacto con los individuos, transmitiéndoles sabiduría, fuerza y santidad. Y otro signo externo al cual se le concede gran importancia es el representado por los vestidos utilizados durante las celebraciones festivas: túnicas de vistosos colores, con tanto de estola para los hombres y de velo para las mujeres, que hacen aparecer a aquellos que las usan como otros tantos personajes de una tradicional representación sacra.

Los fieles transcurren cada día festivo, desde el alba hasta el atardecer, congregados en sus rústicos templos, en una sucesión casi ininterrumpida de prédicas, estudios bíblicos, lecturas de la “Ley Real” y de cantos e himnos sagrados, acompañados a menudo por danzas de carácter extático. Y momento culminante es infaltablemente el holocausto (forma de sacrificio a la divinidad, por lo demás, presente también en la tradición andina desde los tiempos precolombinos y)⁷: los animales, en general corderos y palomas, son degollados y luego, después de especiales tratamientos de las carnes.

quemados sobre una hoguera. Durante el rito sacrificial, que se desarrolla en una atmósfera del intenso misticismo, son frecuentes también fenómenos extáticos con individuos que, poseídos por el Espíritu Santo, manifiestan ataques de glosolalía.

Basándose en una interpretación toda particular de una serie de versículos bíblicos, los israelitas no sólo piensan ser el pueblo elegido nuevamente reunido en el Perú, el país predestinado a la parusía, sino que creen que ésta sea una realidad ya en acto. Uno de sus principales himnos (del título "Perú privilegiado"), dice explícitamente: "La Escritura dice Cristo volverá / todo está cumpliendo, Cristo ya está aquí / . . . / Digan lo que digan, privilegiado es el Perú / Digan lo que digan Jehová en el Perú / . . . / Bienaventurado el pueblo de Israel / pueblo redimido, pueblo de Jehová". Y el redentor al cual se menciona otro no sería que el fundador e indiscutido jefe carismático del movimiento, o sea Ezequiel Ataucusi Gamonal, un anciano mestizo semi-analfabeto originario de la sierra de Arequipa que sus secuaces definen justamente como el "Cristo de Occidente", el "Pastor de los Pastores", el "Hijo del Hombre", el "Primogénito de Dios", "Israel", el "nuevo Inca" y el "nuevo Moisés".

En efecto, como Moisés que transmitió a los hebreos los Diez Mandamientos, Ezequiel se declara portador de un análogo decálogo, llamado por él "Ley Real". Esta le habría sido conferida directamente por Dios como sello de una nueva y definitiva alianza con el pueblo elegido y a través de él con la humanidad toda. El evento habría tenido lugar en 1956, cuando el profeta tenía treintaiocho años, época en la cual, después de una juventud vagabunda marcada por mil signos premonitorios, había hacía poco descubierto la Biblia y entusiastamente adherido a la iglesia adventista. Según lo que el mismo Ezequiel suele recordar, su espíritu fue raptado y "arre-

7 Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, Editorial Horizonte, Lima, 1988. Véase también Juan M. Ossio A. (ed.), *Ideología mesiánica del mundo andino*, Ignacio Prado Pastor, Lima, 1973; Marco Curatola, "Mito y milenarismo en los Andes: del Taki Onqov a Inkarrí. La visión de un pueblo invicto", *Allpanchis Phuturinga*, n. 10, págs. 65-92, Cuzco, 1977; *idem*, "Discurso abierto sobre los cultos de crisis", en *Anthropologica*, n. 5, págs. 72-117, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1987; *idem*, "Rea'ta e mito di un impero. Dal Tawantinsuyu al regno millenario dell' Inka", in Vito Lattanzi (ed.), *América latina. Temi e problemi di antropologia*, págs. 37-80, Soprintendenza Speciale al Museo Nazionale Preistorico Etnografico, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Roma, en prensa; Franklin Pease G. Y., "Mesianismo andino e identidad étnica: continuidades y problemas", in *Cultura*, Revista del Banco Central del Ecuador, vol. V, n. 13, págs. 57-72, Quito, 1982; *idem*, "Consciencia e identidad andinas: las rebeliones indígenas del siglo XVII", in *Cahiers des Amériques Latines*, nros. 29-30, págs. 41-60, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, Paris, 1984; *idem*, *Peru, hombre e historia. Vol. II. Entre el siglo XVI y el XVIII*, Edubanco, Lima, 1992 (vedi cap. XIII, págs. 303-330).

batado” al tercer cielo, en cuyas puertas encontró a “Elena” White (1827 - 1915), la profetisa de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y “José” Smith (1805 - 1844), el fundador del movimiento mormón. Allí se encontró en una especie de salón de clases, en presencia de la Trinidad. Y fue el mismo Padre Celeste a escribir sobre una pizarra los Diez Mandamientos de su Ley, ordenándole de copiarlos escrupulosamente y de difundirlos entre las gentes. Cosa que desde entonces Ezequiel ha ido incansablemente haciendo, y con notable éxito, entre las masas desheredadas de los Andes que él abiertamente aspira a reunir bajo su liderazgo. Además de desarrollar una intensa actividad de proselitismo religioso, flanqueado por colaboradores extremadamente activos y emprendedores, ha creado colonias agrícolas en la selva, cooperativas comerciales, empresas de transporte, escuelas confesionales, ferias, mercados y comedores populares. Y finalmente, hace pocos años ha llegado hasta a fundar un partido, el Frente Agrícola Peruano con el cual se ha presentado a partido, el Frente Popular Agrícola del Perú, con el cual se ha presentado a las elecciones presidenciales de 1990 recogiendo varias decenas de miles de votos a nivel nacional.

Pero para sus secuaces Ezequiel Ataucusi no es ciertamente solo un líder político y ni siquiera un simple profeta, por más importante que sea, sino un verdadero Mesías, aún más, el Mesías reencarnado al final de los tiempos en “Occidente”, en el Perú, en la persona de un humilde campesino. Es creencia difundida entre los israelitas que exactamente como el antiguo “Cristo de Oriente”, de Palestina, Ezequiel esté destinado a ser matado para después resucitar e inaugurar una nueva era del mundo, una milenaria edad de absoluta paz, prosperidad y justicia, a la cual accederán sólo los hombres más humildes y píos. El mismo Ezequiel anda, en efecto, profetizando que la entera humanidad será pronto cancelada de la faz de la tierra en el curso de siete años de terribles plagas y enormes cataclismos, de los cuales la actual epidemia de cólera no sería que uno de los primeros avisos; y que del inminente apocalipsis, destinado a culminar al máximo en el año dos mil, se podrán salvar exclusivamente aquellos que abandonadas las ciudades se habrán refugiado en la selva, anticámara de la Tierra Prometida, para vivir en comunidades agrícolas organizadas según las más tradicionales reglas andinas de cooperación y de socorro mutuo. A ellos, en el momento oportuno, se les unirán los Incas. Estos —siempre según las revelaciones del mesías israelita— habrían sido en realidad profetas inspirados por el Espíritu Santo, los cuales con sus tres famosos imperativos, *ama quella, ama sua, ama llulla* (“no ser ocioso”,

“no robar”, “no mentir”), habrían anticipado algunos de los principios fundamentales de la “Ley Real”. A la llegada de los Españoles los Incas no habrían sido aniquilados, sino que se habrían puesto a salvo en una fabulosa ciudad en la selva, a la espera de reunirse en los últimos días con su pueblo y hacerlo partícipe de los secretos de su antigua riqueza y potencia; para después, todos juntos, bajo la guía de él, Cristo-Ezequiel, alcanzar sobre unos carros de fuego volantes la Tierra Prometida, descrita como un fértil valle atravesado por un “espumoso río de leche y chocolate con avena”.

Respondiendo al llamado de Ezequiel, miles de fieles de Lima y de otros centros urbanos han vendido sus pocas pertenencias y se han internado en la selva dando origen, a lo largo del río Ucayali, aún entre mil dificultades logísticas y ambientales, y entre no pocas disputas internas y con las autoridades locales y las tribus indígenas, a una serie de colonias agrícolas bastante prósperas. Las tierras de estas comunidades están divididas siguiendo la antigua tripartición incaica: existen lotes cuya producción está destinada al mantenimiento de cada núcleo familiar; otros, denominados “administrativos”, cuyos productos sirven para financiar las obras y las actividades de carácter social; y finalmente las llamadas “Tierras Reales”, que son trabajadas en pro de la Iglesia Israelita. Para la organización del trabajo, se retoman, por lo menos idealmente, las tradicionales formas andinas de cooperación individual (*ayni*) y colectiva (*minka*). Pero más que a éstas, la notable productividad de las colonias israelitas se debe a la rígida disciplina impuesta por los jefes religiosos y a la exaltación mística de gran parte de los fieles, listos a realizar cualquier esfuerzo y sacrificio para librarse del inminente fin del mundo (y de la miseria de la vida urbana) y acceder a la Tierra Prometida por su mesías.

En el movimiento de los Israelitas del Nuevo Pacto Universal se funden pues algunos de los elementos más marcadamente mesiánicos de la tradición judeo-cristiana con rasgos propios de la cultura tradicional andina, la cual, por su lado, en el curso de la dominación europea ha elaborado un discurso milenarista autónomo, puesto en marcha —como se ha visto— en el momento mismo de la muerte de Atahualpa, con el anuncio de parte del Inca de su resurrección. Desde ese momento, toda la historia colonial y republicana del Perú ha sido salpicada de cultos de crisis y de pequeños y grandes movimientos de revuelta, alimentados por la espera del retorno del Rey Inca y de la restauración del Tahuantinsuyu, en el imaginario colectivo transfigurado en un reino perfecto de infinita potencia, pros-

peridad y plena realización de la sociedad autóctona⁷: un mito este que ha sido por siglos el *Leitmotiv* de los sueños, de las esperanzas y de las luchas para la libertad y la salvación de los pueblos andinos y que les ha consentido de poder continuar a esperar y sobrevivir, en cuanto entidades históricas y culturales, aún en las condiciones materiales y morales más difíciles, duramente explotados por los Españoles y por los latifundistas criollos, diezmados por las enfermedades introducidas por los europeos, expropiados de sus tierras, condenados a un estado de perpetua servidumbre y sistemáticamente constreñidos a renegar su propia fe y sus propios valores.

Pero. ¿puede tal mito salvífico ser hoy todavía plenamente y universalmente válido en un mundo andino profundamente alterado y disgregado por masivos y salvajes procesos de migración a las ciudades y lumpenproletarización? ¿Puede éste continuar vigente e inalterado en un contexto tan diferente de aquél en el cual fue elaborado en el transcurso de los siglos XVI y XVII? La clave del éxito de Ezequiel entre los campesinos desarraigados del Perú está justamente en el haber sabido renovar el antiguo mesianismo indígena con relación a los nuevos conocimientos y experiencias de los migrantes a las zonas urbano-marginales. La figura del Inca, héroe fundador de la agricultura y de todas las artes y técnicas autóctonas y monarca de una civilización hidráulica, aunque grandiosa, resulta en efecto demasiado lejana y ajena al mundo urbano industrializado, con sus rascacielos, sus autos y todos sus fantasmagóricos medios de comunicación, para poder incidir sobre él hasta lograr su aniquilamiento. He allí por tanto la necesidad de que el salvador del pueblo andino asuma las connotaciones de Jesucristo, no sólo rector oficial de los destinos de la sociedad occidental hegemónica, sino desde ya hace siglos figura preeminente de la misma religión popular autóctona, en seno a la cual viene identificado a veces con el Sol, como un tiempo lo fue el Inca, otras con un potente numen señor de las fuerzas de la naturaleza, defensor de los débiles y reparador de entuertos. Naturalmente, de la figura de Cristo y de la tradición bíblica Ezequiel recupera sobre todo los elementos y los contenidos mesiánicos relacionados con la espera de una próxima liberación de los oprimidos de todo mal a través de una palingenesis cósmica, reelaborándolos *ad hoc* e injertándolos en la "historia de la salvación" de los andinos oportunamente revisitada.

La fantásica reconstrucción histórico-religiosa elaborada por el mesías de los israelitas es bajo ciertos aspectos análoga a aquella efectuada a los inicios del siglo XVII por Felipe Guaman Poma de

Ayala, un anciano indio ladino (o sea letrado y educado en la religión católica), el cual en los últimos sufridos y errabundos años de vida, frustrado y marginado, escribió un largo memorial titulado *Nueva corónica y buen gobierno*. La obra, provista de centenares de esclarecedores dibujos, representa una extraordinaria suma sobre el pasado mítico y la realidad del Perú de la época y está dirigida, en las ingenuas intenciones del autor, a hacer conocer al rey Felipe III los daños acarreados por el régimen colonial español a la sociedad autóctona. Como único posible remedio Guaman Poma formula el restablecimiento del antiguo orden precolombino, que él se esfuerza por demostrar no inconciliable con la tradición y los valores cristiano-occidentales. Más bien, uno de sus principales propósitos es justamente aquél de reconducir la historia de su pueblo y la de los colonizadores blancos a un único origen y a un común destino de salvación, recomponiendo así de algún modo la unidad de la *Weltanschauung* (visión del mundo) y del saber del hombre andino alterado por el trauma de la Conquista. En la *Nueva corónica* los primeros habitantes del Perú son presentados como descendientes de Noé, los cuales, así como los patriarcas y los profetas del Antiguo Testamento, habrían vivido en la adoración del verdadero Creador y en el más escrupuloso respeto de su "ley de misericordia", no conociendo por lo tanto ni violencia, ni enfermedad, ni muerte. Habría sido sólo más tarde, con el progresivo abandono de la verdadera fe, que habrían venido todos los males de los nativos. Dios los habría en efecto castigado enviándoles pestilencias, carestías, invasiones de insectos, terremotos y una serie de otras apocalípticas desgracias culminadas con la misma genocida y etnocida conquista española. De la dominación europea, que él resueltamente condena, Guaman Poma rescata sólo el mensaje evangélico y en particular la figura de Cristo, cuyos sufrimientos y cuyo martirio él compara continuamente con aquellos de los indios. De otra parte, siempre según el autor, no la invasión europea pero sí el nacimiento de Cristo y la legendaria llegada al Perú de un apóstol de nombre San Bartolomé habrían reunificado la historia y los destinos del Viejo y del Nuevo Mundo. En las últimas páginas de la obra, frente a la acelerada y aparentemente irrefrenable destrucción de la sociedad autóctona, el cronista acaba por reponer sus últimas esperanzas de libertad y de salvación en el Mesías, del cual llega a hipotizar un próximo retorno presumiblemente en los Andes— para castigar a todos los opresores y restablecer el antiguo orden del universo⁸.

Que la espera mesiánica del Cristo redentor manifestada por Guaman Poma no represente el mero anhelo individual de un pobre viejo indio enajenado, sino más bien la expresión de un sentimiento en esa época difundido en amplios sectores de la sociedad nativa, evidentemente estremecida por el trauma de la Conquista, lo prueban dos oscuros cuanto significativos episodios ocurridos en el altiplano, uno de los cuales justo en los mismos años en que el cronista estaba redactando su memorial. Según algunos documentos estudiados por Thierry Saignes⁹, alrededor de 1602 en Tacobamba, un pequeño pueblito entre Potosí y Chuquisaca en el Alto Perú, hizo su aparición un indio, de nombre Miguel Acarapi, el cual sostenía ser Cristo venido a redimir al mundo. Lo acompañaban doce fidelísimos llamados “apóstoles”, y un cierto número de mujeres que llevaban nombres de santas. Por cuanto particularmente avaras de noticias, las fuentes sobre este singular personaje nos informan que él solía consumir junto a sus secuaces “hierba achuma”, o sea el famoso cactus San Pedro (*Trichocereus pachanoi*), por lo menos desde la época chavín (I milenio a.C.) utilizado por los chamanes andinos por su alto poder alucinógeno¹⁰. Además, parecería que el neo-mesías hiciese uso ritual también de chicha, la tradicional cerveza de maíz, que él decía ser “sangre de Cristo”. Este incipiente movimiento cristo-pagano fue duramente reprimido por el clero local y se extinguió en poco tiempo con la desaparición del propio Acarapi, quien murió acuchillado en circunstancias misteriosas.

El segundo episodio es más tardío y se remonta a la época del virrey Castelfuerte (1724 - 1736), marcada por un fuerte aumento del régimen de explotación colonial (presión tributaria, mita minera) y, por reacción, por una sucesión de movimientos de protesta y de revuelta a lo largo de todo el país. Alonso Carrió de la Vándera en un breve paso de su *Reforma del Perú* (1782)¹¹ recuerda como

- 8 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno* (1615), eds. J. V. Murra y R. Adorno, 3 vols., Siglo Veintiuno, México, 1980, vol. III, pág. 1014 (f. 1106); cfr. Rolena, Adorno, *Guaman Poma: writing and resistance in Colonial Peru*, University of Texas Press, Austin, 1986; *idem*, *Cronista y príncipe. La obra de don Felipe Guaman Poma de Ayala*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1989.
- 9 Thierry Saignes, “Algún día todo se andará: los movimientos étnicos en Charcas”, en *Revista Andina*, n. 6, págs. 425-450, Centro de Estudios Rurales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, Cuzco, 1985, págs. 436.
- 10 Alana Cordy-Collins, “Chavín art: its shamanic/hallucinogenic origins”, en A. Cordy-Collins y J. Stern (eds.), *Selected readings in Pre-Columbian art history*, págs. 353-362, Peek Publications, Palo Alto.
- 11 Alonso Carrió de la Vándera, *Reforma del Perú* (1782), ed. P. Macera, Universidad Nacional de San Marcos, Lima, 1966, págs. 39-40.

justamente en aquellos turbulentos años varias comunidades de la provincia de Puno, a orillas del lago Titicaca, entraron en agitación después de la llegada en la zona de un indio que afirmaba ser Jesús Nazareno. Y como tal, inspirándose evidentemente en la narración de la pasión de Cristo, solía andar descalzo, con una corona de espinas sobre la cabeza, una cuerda alrededor del cuello y una cruz sobre las espaldas. Los nativos lo acogieron con grandes manifestaciones de júbilo y de devoción, acudiendo numerosos a oír sus discursos, según parece fuertemente antiespañoles, y llevándolo triunfalmente de pueblo en pueblo. Muy pronto, sin embargo, el corregidor de la zona, seriamente preocupado por el estado de agitación de la población, organizó una verdadera expedición contra el novel mesías que fue alcanzado y ahorcado en el lugar.

Como se ve, Ezequiel Ataucusi, el mesías de los Israelitas del Nuevo Pacto Universal, no es el primer Cristo aparecido en el Perú ni su movimiento un fenómeno totalmente nuevo en la historia socio-religiosa de los pueblos andinos, y ni siquiera en el más general panorama de los cultos sincréticos pagano-cristianos florecidos en muchas sociedades nativas colonizadas y sometidas a violentos como frustrantes procesos de aculturación por parte de Occidente. En efecto, movimientos religiosos de "Israelitas", o con denominaciones similares, fundados sobre la identificación de los fieles con el antiguo y perseguido pueblo de Israel, se han dado también entre los Maori de la Nueva Zelanda, entre los habitantes de las Tuamotu y otras islas de Polinesia, entre los Bayudaya de Uganda, entre los Kikuyu de Kenia y los Bantú de Sudáfrica, sin contar además las varias iglesias "sionistas" del Africa meridional, con su promesa milenarística de realizar una utópica Nueva Jerusalén, o los innumerables cultos salvíficos brasileros, como aquellos de los indios del Río Negro y de los habitantes del sertao liderados por mesías locales considerados otras tantas reencarnaciones de Cristo¹². A propósito de dichos movimientos pagano-cristianos, uno de los más destacados estudiosos de la materia, Vittorio Lanternari¹³, ha puesto en evidencia como aquellos que se remiten preferentemente al Evangelio, privi-

12 cfr. Vittorio Lanternari, *Movimenti religiosi di libertà e di salvezza dei popoli oppressi*, Feltrinelli, Milano, 1974 (1 ed. 1960); Bryan Wilson, *Magic and the Millennium. A sociological study of religious movements of protest among tribal and Third-world peoples*, Heinemann, London, 1973; Henri-Charles Puech (ed.), *Storia delle religioni. Vol. 19: Colonialismo e neocolonialismo* (2 tomos), Laterza, Roma-Bari, 1978 (ed. orig. franc. 1970).

13 Vittorio Lanternari, "Messia" en *Enciclopedia Einaudi*, vol. 9, (págs. 118-140), Einaudi, Torino, 1980. págs. 137-8; *idem*, *Festa, carisma, apocalisse*, Sellerio, Palermo, 1983, págs. 194-213.

legiendo aspectos del mesianismo bíblico relativos a la figura de Jesús, tiendan la mayoría de las veces a una salvación de tipo individual y favorezcan actividades de carácter místico de salvaguardia de males físicos y mentales y de evasión de la realidad, mientras aquellos de prevaleciente inspiración paleotestamentaria, remitiéndose a la historia del oprimido pueblo hebreo, visto como paradigma de la condición de los nativos en régimen colonial, expresarían más directamente tensiones sociales y étnicas abiertas a iniciativas colectivas de tipo contestatario y emancipador.

En los Andes, los cultos de crisis cristo-paganos de la época colonial, así como el mismo pensamiento de Guaman Poma, aparecen de clara inspiración evangélica, ni podía ser diversamente siendo la religión impuesta por los Españoles la católica. De cualquier modo no es quizás un caso que a ella hayan correspondido un culto de tipo extático como aquello de Tacobamba o esperas salvíficas, pasivamente consolatorias, como aquellas expresadas por el autor de la *Nueva corónica*. De otra parte, por todo el período de la dominación española y también sucesivamente, han sido el mito milenarista de un edénico Tahuantinsuyu y la figura mesiánica del "Inca Rey" (*Inkarrí*), desarrolladas sobre la base del bagaje cultural tradicional, a brindar el modelo retrospectivo utópico y el *élan vital* a los varios movimientos de protesta y de revuelta indígenas¹⁴; mientras el cristianismo católico, con sus varios "Cristos", "Vírgenes" y "Santos" poco a poco se amalgamaba al politeísmo local, dando lugar a formas sincréticas de religiosidad popular, de carácter eminentemente ritual e integracionista. Falto de contenidos y tensiones quiliásticos¹⁵

Pero en los últimos años la situación en gran parte ha cambiado. Con el inevitable ocaso, por lo menos en ambiente urbano, del tradicional horizonte utópico, inadecuado para afrontar los apocalípticos retos puestos por una sociedad industrial de molde neocolonial, bajo la influencia de la propaganda protestante han comen-

14 Manuel Marzal, *El mundo religioso de Urcos*, Instituto de Pastoral Andina. Cuzco, 1971; *idem*, *La transformación religiosa peruana*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1983; Marco Curatola, "Aspetti della religione quechua: tradizione e reinterpretazione", en *Culture*, págs. 149-166, Bulzoni, Roma, 1978; Fernando Fuenzalida V., "El Cristo pagano de los Andes: una cuestión de identidad y otra sobre las eras esclares" en *Debates en Antropología*, n. 4, págs. 1-10, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1979; María Rostworowski de Diez Canseco, *Pachacamac y el Señor de los Milugros. Una trayectoria milenaria*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1992.

15 Ver bibliografía de la nota 6.

zado a desarrollarse entre los indígenas también cultos de crisis inspirados en el antiguo mesianismo militante hebreo. Es el caso justamente de los Israelitas del Nuevo Pacto Universal: además de profetizar el inminente fin del mundo y el alcance de la Tierra Prometida, su mesías va repitiendo a los fieles que pronto vendrá el momento de la rendición final de cuentas con sus enemigos, es decir los ricos, los detentores del poder y la iglesia católica guiada por el Anticristo. Todos estos —advierte el “Cristo de Occidente”—, sintiéndose amenazados en sus propios intereses y privilegios por la difusión del movimiento, por instigación del Diablo tratarán de exterminar a los israelitas, atacándolos en gran superioridad numérica y con las armas más potentes y mortíferas. Pero que los fieles no teman: en el momento oportuno Jehová los volverá invulnerables e invencibles. En fin, además de organizarse, fundar colonias agrícolas, cooperativas y mercados, y participar activamente de la vida política del país, los secuaces de Ezequiel están psicológicamente listos, si fuese necesario, al enfrentamiento físico con la sociedad hegemónica. Exactamente como lo estuvieron los “Israelitas” bantú sudafricanos de Bulhoek (u pueblo cerca a Queenstown), los cuales en 1921, seguros de contar con la protección sobrenatural del Dios de Israel, no dudaron en oponer resistencia a las tropas gubernativas encargadas de dispersarlos, yendo al encuentro de la masacre¹⁶. Hasta ahora el movimiento fundado por Ezequiel Ataucusi, no obstante sus continuas y ásperas denuncias de las desigualdades económicas y de las injusticias sociales, los duros ataques verbales a la Iglesia Católica y a la clase política y su declarada voluntad de llegar a gobernar al país para instaurar una teocracia, ha sido tolerado por las autoridades que en él ven más que nada un fenómeno folclórico de pobres enajenados. El mismo Ezequiel tiempo atrás ha pasado algunos meses en la cárcel, pero por un episodio de violencia carnal nunca totalmente esclarecido. En todo caso problemas más serios se han tenido con las colonias agrícolas de la selva, las cuales, surgidas en territorios de las tribus indígenas y fuera de todo control estatal, han sido esporádicamente objeto de investigaciones e intervenciones policiales. Como en el caso de la matanza ocurrida en la comunidad de Puerto Sira, en la selva de Huánuco, donde entre octubre de 1991 y abril de 1992 por lo menos trece fieles, acusados de impiedad y traición a los mandamientos divinos, fueron masacrados por los mismos líderes locales del movimiento¹⁷.

16 B. G. M. Sundkler, *Bantu prophets in South Africa*, Oxford University Press, 1961 (I ed. 1948).

17 “Secta religiosa asesinó a trece personas por pecadoras”, en *Expreso*, sábado 22 de agosto, año XXXI, N° 11312, págs. A10-11, Lima, 1992.

Sea como fuere, hasta hoy las tendencias más contestatarias y violentas ínsitas en el mesianismo de inspiración paleotestamentaria de los Israelitas no han desembocado en actividades y acciones de carácter insurgente, refrenadas como son por una lógica fundamentalmente metahistórica y una serie de llamamientos místico-salvíficos-evasionistas, por otra parte idóneos para cimentar la identidad y la unidad comunitaria.

Imposible, sin embargo, prever los desarrollos futuros de este singular movimiento sincrético, en donde parecen concentrarse todas las tensiones y las contradicciones del largo, complejo, atormentado e inconcluso proceso histórico iniciado con la Conquista. Pero cierto, en el Perú del hambre y del cólera, de la discriminación económica, racial y cultural, de la deculturación masiva, de la lumpenproletarización salvaje, del sanguinario movimiento maoísta de Sendero Luminoso, de los desaparecidos y de las miles de esperas frustradas, en el “Perú privilegiado” de los Incas y de los mesías, en el “Perú hirviente de estos días” (Arguedas), todas las salidas son posibles. aún aquellas más “irreal-maravillosas” y desesperadas.